Los enfermos de Antonio Álamo

Algunas notas al texto

I. Noticias de Stalin.

Stalin falleció oficialmente cinco días después de que se produjera la hemorragia cerebral que lo derrumbó. La misma mañana su cadáver fue entregado a los patólogos para que realizaran la autopsia. Se le practicó la trepanación y extrajeron su cerebro para disecarlo. Los embalsamadores repararon los estropicios y el muerto fue expuesto para que el público lo viera. El nueve de marzo tuvo lugar el entierro. Casi a continuación se produjeron la detención y el posterior fusilamiento de Lavrenti Beria; Malenkov fue destituido de su cargo en febrero del siguiente año; Bulganin sustituyó a Malenkov como primer ministro, pero también fue apartado muy poco tiempo después. Por último recordar que Kruschev, en el XX Congreso del Partido Comunista, fue quien pulverizó la leyenda de Stalin. Todo lo monstruoso del ídolo quedó expuesto ante el mundo: deportaciones, ejecuciones y torturas. Se consideró pues que la presencia del cuerpo embalsamado de Stalin junto al de Lenin en el Mausoleo ya no era soportable, y sus restos fueron sacados secretamente para ser incinerados. Las cenizas se enterraron al pie de la muralla del Kremlin, pero se ignora el paradero de su cerebro disecado.

II. La génesis de la obra y sus presupuestos.

Concebí y empecé a trabajar en esa obra durante los últimos ensayos de *Los borrachos.* El estreno tuvo lugar en Granada el 17 de enero de 1996 y recibió una acogida entusiasta por parte del público asistente. Pero tres días antes, en mi habitación del hotel de la Plaza Nueva, la inquietud ante la inminencia del estreno, me llevó a refugiarme en las brumas de un mundo imaginario. Quise partir de dos presupuestos: en primer lugar, mi obra debía ser una reflexión sobre el poder y hundiría sus raíces en la tierra abonada por el cadáver de Hitler: esa tierra era Europa, y su cadáver estaba en todas partes. En segundo lugar, Stalin moriría, como un Hamlet moderno, con su calavera en la mano.

III. El poder.

Acabar esta obra me ha supuesto una especie de liberación: documentarse sobre mis personajes, leer sus discursos, dormir con sus palabras a mano, soñar con ellos e intentar comprenderlos no ha sido lo más agradable que me ha sucedido en mi vida de escritor. Ellos representan el poder en su estado más puro, el poder vacío de contenido y el poder como fin en sí mismo. La gran dificultad con que me he encontrado como dramaturgo es la de comprenderlos. Cuando uno se pregunta qué esperaban y en qué creían estos dos hombres cuando a diario miles de vidas humanas se consumían por su causa, sólo existe una respuesta fulminante para ellos y sus sistemas: no esperaban nada y no creían en nada. Tal vez la pasión común a ambos haya sido la de sobrevivir. Canetti: "El momento de sobrevivir es el momento del poder". Su gran habilidad fue la de utilizar la ideología con ese único fin, logrando que una gran cantidad de personas se identificase con ellos mismos y encontrasen al mismo tiempo un enorme placer en la obediencia. Quienes no supieron disfrutar de esa ambrosía, fueron exterminados.

Actualmente el terror y el asesinato por cuenta ajena, amparados en conceptos vacíos como el de *patria,* sigue siendo formas muy extendidas de gobierno. En más de sesenta países se vienen registrando con asiduidad desapariciones y homicidios políticos. ■

Sevilla, 27 de marzo de 1996

Los enfermos, acto II

[fragmento]

Escena de *Los enfermos* de Antonio Álamo.

Foto: Miguel Torres.

STALIN: (…) Yo sólo soy un mero servidor del destino de la humanidad. Pero, puesto que nos hemos reunido informalmente, como simples y buenos amigos, y ya que nos hemos comprometido a que nada de lo dicho aquí salga de nosotros, no me cuesta demasiado decirle que no estoy seguro de que esos cuerpos quemados sean los cuerpos de Hitler, Eva Braun y su perro. No, no estoy seguro. Ese Hitler, ¿sabe?, era verdaderamente estúpido, pero al mismo tiempo tenía una inteligencia diabólica. Ha estado muchos años jugando con nosotros. ¿Usted cree que, en su último momento, se iba a largar sin prepararnos una última trampa? Le gustaban las incógnitas, los jeroglíficos. Era un cabrón. Y se ha marchado como un cabrón. No le ha bastado con dejar detrás de sí cincuenta millones de muertos sino que ha dejado, además, cinco cadáveres que podrían ser el suyo o no serlo. ¿Me comprende?

CHURCHILL: No… No del todo.

STALIN: ¿No? ¿De veras? Yo, señor Churchill, habría deseado capturar vivo a Hitler.

CHURCHILL: Yo también.

STALIN. …Pero no ha podido ser. Entonces, al menos, me hubiera gustado tener su cadáver a la vista. Pero tampoco a podido ser. Se nos ha escapado de las manos como una anguila. No sólo él: también su cadáver. El muy hijo de puta.

CHURCHILL: Ojalá existiera el infierno, algún sitio horrible donde él estuviera pagando ahora sus crímenes.

STALIN: Usted y yo sabemos que no hay nada, "sólo una especie de oscuridad, tinieblas frías y aterciopeladas". Suena demasiado bien. Yo también… También preferiría que existiera el infierno.

CHURCHILL: *(abatido).* Así que esos cadáveres…

STALIN: *(interrumpiéndolo).* Sí, esos cadáveres tal vez sean los de Hitler y Eva Braun o tal vez no lo sean. Ante esto, ¿qué puedo hacer?, ¿qué opción me queda? Yo haré que el mundo crea que esos cadáveres son, en efecto, los cadáveres de Hitler y Eva Braun. No sólo eso. Yo haré que el mundo, al mismo tiempo que lo cree, lo dude. La duda es importante, señor Churchill. La duda causa inseguridad, y la gente necesita esa inseguridad para necesitarnos a nosotros. Ningún Estado puede mantenerse si no flota en el aire la amenaza del caos. Nuestros gobiernos necesitan enemigos. Y una vez que machaquemos a los japoneses, ¿quiénes cree usted que serán nuestros enemigos?

CHURCHILL: No habrá enemigos. El mundo respirará en paz.

STALIN: Ése es un punto de vista muy ingenuo, si me permite decírselo. Si nos quedamos sin enemigos, nosotros seremos superfluos. Si nos quedamos sin enemigos, tendremos que inventárnoslos. Eso es lo que yo estoy haciendo. ¿Me comprende ahora? Hay que sembrar la duda, señor Churchill. La duda es importante.

CHURCHILL: La pobreza será nuestra enemiga. La pobreza y la opresión.

STALIN: En eso estoy perfectamente de acuerdo. Pero ¿quién causará la pobreza futura? *(Churchill lo mira sin llegarlo a comprender del todo).* Tenemos que buscar un culpable, o varios, varios culpables que lo sean subsidiariamente, porque de lo contrario nuestros gobiernos se resentirán de esa falta de previsión. Hay que encontrar al diablo antes de que el diablo nos encuentre a nosotros. El miedo es la prestación incondicional del Estado. El miedo y la muerte, señor Churchill, y en ese cadáver que está y no está, que es y no es, tenemos un gran caudal de muerte y miedo. Y no conviene malgastarlo tontamente con demasiadas certezas. Yo, por mi parte, pienso sacarle todo el jugo que pueda. Debemos administrar el miedo, no dilapidarlo. El Estado que yo he creado podrá mantenerse y creer al menos medio siglo más sobre el cadáver de ese hijo de la gran puta. Sobre el cadáver del fascismo. Bueno, a no ser que alguien muy idiota me suceda, lo cual no sería demasiado extraño. No puede usted imaginarse, señor Churchill, la cantidad de palurdos que tengo que aguantar cada día en mi propio gobierno. Espero que me haya entendido porque me resulta imposible expresarme con mayor claridad. *(Disponiéndose ya a salir).* Buenas noches.